

Boletín de Literatura eclesiástica.

Tenemos ante la vista el segundo volumen de la *Historia Literaria de la Iglesia* (1) publicada por Mons. G. P. Sinopoli di Giunta. En otra ocasión hablamos del primero, y vamos a recordar aquí una idea que allí expresábamos, porque atañe al método empleado en la contextura de toda la obra. Hay varios patrones para la composición de este género de libros; el alemán, representado por la Historia de la Literatura latina de Schanz, la de Teuffel, la de Manitius de la Edad Media, y las de Harnack y Bardenhewer. Todos estos autores siguen por lo general el orden cronológico y van mencionando los distintos escritores, según han aparecido en la historia, estudian aisladamente su personalidad, sus obras, las ediciones que de ellas se han hecho, su transmisión manuscrita y su bibliografía. De este modo se llega a tener un arsenal de datos inapreciables acerca de cada uno de los autores, utilísimos para el investigador. Son semejantes obras un instrumento de trabajo de primer orden; pero para la generalidad de los lectores y más aún para los alumnos se convierten en un acervo farragoso de datos y citas, imposibles de retener en la memoria. Por eso sin duda, en Francia, Italia y España se ha cambiado el método, aligerando en lo posible la parte externa, desarrollando más la parte interna de la doctrina, y acoplando las materias similares, para poder así poner mejor ante la vista del lector y de los alumnos el desenvolvimiento de las ideas. Por este patrón están cortadas la obra de Labriolle en Francia, publicada poco ha, la de nuestro compatriota, D. Julián Onrubia, y la que actualmente examinamos de Mons. Sinopoli di Giunta. Fácilmente se ve que ambos métodos tienen sus ventajas e inconvenientes, completándose el uno al otro. Quien quisiere observarlo por sí mismo, compare el índice de la Patrología y de la Historia de la Literatura eclesiástica antigua, escritas por Bardenhewer, con el resumen de los capítulos de Mons. Sinopoli di Giunta, que a continuación damos: «Constantino el Grande; La Lucha arriana; Por los desiertos, laureles y monasterios; Teología bíblica; Catequesis y Homilética; Historia de la filosofía y filosofía de la historia; Apologética; Teología sistemática y polémica; Cánones y Liturgia; Historia y biografía; Teología práctica; Por los campos de la ciencia y de las bellas artes». El volumen

(1) *Storia letteraria della Chiesa*, vol. II. *Evo antico. Da Constantino a S. Gregorio Magno (a. 604)*, Milano. Società Editrice «Vita e Pensiero». Corso Venezia, 15. Un volumen de 145 X 250 milímetros, VII-532 páginas.

abarca desde Constantino hasta S. Gregorio Magno, o sea desde principios del siglo IV hasta el año 604 y la sistematización de la materia no puede ser más precisa. Los títulos de los capítulos indican por sí solos que lo que el autor de la obra pretende es trazar un cuadro acabado del desarrollo interno de la doctrina católica durante estos dos siglos. Tiene el inconveniente este método, como queda dicho, de que hay que suprimir muchos datos referentes a los escritores, hablar de éstos en varias partes fragmentariamente y repetirse a veces; pero en cambio sirve para adquirir un concepto más amplio y adecuado de la vida interna del cristianismo, de sus luchas y sus triunfos.

Mons. Sinopoli di Giunta ha sabido imprimir a su narración una viveza tal, que, a pesar de la aridez de la materia, se lee el volumen con gusto. Precisamente lo que se le podría achacar, sería el poetizar a veces demasiado; si bien se le perdona esta faltilla en gracia de la amenidad de la exposición.

La obra ha sido impresa por la *Società Editrice «Vita e Pensiero»*, de Milán, la cual se ha propuesto vulgarizar la literatura eclesiástica, añadiendo a la obra teórica de Mons. Di Giunta, las páginas más bellas de los Santos Padres y Escritores eclesiásticos; todo cuanto ha producido el cristianismo de más hermoso y transcendental en el campo de la apologética, mística, oratoria, teología, filosofía, ciencia, historia y poesía. El director de esta magna empresa es D. Juan Minozzi, y ya ha comenzado a salir a la luz la primera serie de trabajos, verdaderamente admirables.

Los dos primeros volúmenes están dedicados a San Jerónimo (1), y ha cuidado de su estudio y publicación Humberto Moricca. La aceptación de ellos en Italia no ha podido ser más halagüeña, dada la índole del tema, pues ya andan por el segundo millar. Y es que realmente el autor ha sabido estudiar tan bien el carácter del ermitaño de Belén y escoger los trozos reproducidos con tal acierto que avasallan al lector. La vida del gran asceta y escritor fue una vida muy humana en medio de su santidad. Luchas internas de una acritud espantosa, cuando, a pesar de su retiro por los desiertos de Palestina y de la implacable maceración de su cuerpo, se sentía como trasladado a Roma y envuelto en imaginaciones torpes que no le dejaban descansar día y noche; trato social agradable, que le proporcionó muchos sinsabores y aun calumnias; espíritu comprensivo, que hacía de él un director espiritual, buscado por todas partes; polemista profundo y acerado, retórico, historiador, moralista y sobre todo exégeta admirable, aun no superado por nadie. Todos estos aspectos se dibujan esmeradamente en las breves páginas consagradas por Moricca al relato de su biografía. Luego viene el estudio de sus obras, pero no un estudio seco y fastidioso, sino vivo e interesante. En cortí-

(1) El Pensiero cristiano. *San Girolamo* a cura di UMBERTO MORICCA. Milano. Società Editrice «Vita e Pensiero». Dos volúmenes, 125 X 190 milímetros, 220 y 289 páginas. Precio, 16 liras ambos tomos.

simas líneas se presenta, v. gr., al historiador, al moralista, al exégeta, al polemista y en seguida a continuación se copian traducidos los párrafos más salientes de sus obras o las más famosas de sus cartas familiares. ¿Con qué gusto y avidez no se leen, por ejemplo, la preciosa carta 108, que es el Epitafio de Santa Paula, la sesenta sobre Nepociano y las que tratan de la educación y deberes de las vírgenes? La selección hecha por Moricca es muy acertada y merece una alabanza sincera.

El tercer volumen de la misma colección trata de Tertuliano (1) y se debe al profesor del Instituto de estudios superiores de Florencia, Félix Ramorino. Profundo conocedor de la época y ambiente en que se movió el férreo polemista africano, comienza el autor su estudio por una exposición clara y sucinta del estado en que se encontraba el imperio romano, cuando apareció al público aquel hombre, de sangre verdaderamente africana. Es Tertuliano uno de esos tipos intransigentes, que se encuentran a través de la historia, y no saben ceder en nada. Como que, precisamente, el exceso de rigorismo le llevó a la herejía montanista y a escribir contra el Papa Calixto, tachándole de laxo en la cuestión de la penitencia, en términos rudos y aun descomedidos. Pero, a pesar de estos errores, nadie puede negar a Tertuliano una mentalidad recia, y sus escritos encierran una mina riquísima de doctrina ascética, teológica y apologética.

La división de la materia hecha por el Profesor Ramorino no puede ser más natural. En la primera parte de su libro se presenta al hombre y al escritor, y en la segunda el pensamiento de Tertuliano expuesto con sus mismas palabras. No son muchas las noticias que poseemos sobre su vida, y para tejer de algún modo su biografía ha tenido el autor que espigar acá y acullá, en San Jerónimo y sobre todo en las mismas obras del escritor africano. Con mano maestra describe los rasgos fisonómicos de aquel hijo indomable de Cartago, su potente mentalidad, su vastísima cultura y su carácter atrabiliario. Tras esto fija la fecha y contenido de sus obras y en unas cuantas páginas, la supervivencia de su memoria en los tiempos posteriores.

El pensamiento de Tertuliano en las grandes cuestiones de la religión católica es muy instructivo. No hay más que leer los párrafos de sus obras transcritos por Ramorino para convencerse de la fuerza con que arguye contra los perseguidores de la Iglesia, demostrándoles su estulticia e iniquidad, y aun su obcecación, pues no se dan cuenta que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos; y aparte de esto, y considerada la doctrina católica en sí misma, les hace ver que es la única verdadera y tiene derecho a

(1) *Tertuliano* a cura di FELICE ROMARINO. Milano, Società Editrice. «Vita te Pensiero». Un volumen de 125 X 190 milímetros, 314 páginas. Precio, ocho liras.

gozar de libertad y a ser acatada por todos. En otro terreno, hay páginas admirables sobre Dios, su unidad y trinidad, sus atributos, sobre Cristo, los ángeles, el alma, el problema del mal, la libertad humana, la gracia, la virtud de la paciencia, pureza y castidad, sobre los sacramentos, la oración, la resurrección, la Iglesia y los mártires. Su aberración principal consistió en negar a los recidivos, especialmente en los crímenes que entonces se llamaban capitales, a saber, el adulterio, el homicidio y la idolatría, la reconciliación y absolución en el sacramento de la penitencia. Esto lo debía de haber hecho resaltar el ilustre Profesor Ramorino, así como sus tendencias montanistas, porque desgraciadamente Tertuliano persistió hasta su muerte en este error con el achaque de que la Iglesia Católica había caído de su antiguo esplendor en una relajación inaceptable.

A pesar de las difíciles circunstancias por que atraviesan los alemanes, no cejan en el intento de mantener su cultura al nivel que había alcanzado antes de la guerra, y las empresas científicas que traían entre manos siguen su curso, algo más lentamente, pero con la misma pujanza intrínseca. Entre ellas merecen especial mención *Los Estudios Teológicos de Friburgo*, editados por la casa Herder, que son disertaciones sobre teología patristica especialmente. Llegan ya al cuaderno XXVIII, publicado por el Dr. Teodoro Rütger, el año pasado. El tema por él tratado es *La doctrina de San Clemente de Alejandría sobre el pecado original* (1).

No es fácil precisar las ideas del gran doctor alejandrino en un punto tan oscuro de suyo. Formado Clemente en la escuela platónica y en los escritos de Filón, trasplantó a sus obras muchos conceptos de esas doctrinas y su pensamiento aparece frecuentemente velado. Querer encontrar en él un sistema explicativo de ese dogma fundamental, tal como hoy lo hallamos en los tratados de teología, sería pueril. Reconoce, sí, Clemente, la pérdida del don de la integridad; pero sobre la pérdida de los otros dones y aun sobre la transmisión de la culpa a todos los hombres nacidos de nuestros primeros padres no habla tan claro. En cambio afirma y enaltece sobre manera el valor justificativo de la Redención. Se puede, pues, decir que su explicación es manca, aunque no errónea.

Entre los documentos de los primeros siglos del cristianismo que mayor autoridad gozan por su autenticidad y por representar el pensamiento del pueblo y su arraigada fe, hay que colocar las inscripciones. El Dr. Dölger, Profesor de arqueología cristiana y de historia antigua de la Iglesia en la Univer-

(1) *Die Lehre von der Erbsünde bei Clemens von Alexandrien*, dargestellt von Dr. THEODOR RÜTGER, Studienrat am Gymnasium zu Brilon, i. W. Freiburg im Breisgau, 1922, Herder. Un cuaderno de 150 X 240 milímetros, 143 páginas. Precio, 2,40 pesetas.

sidad de Münster, examina en un volumen erudito e interesante el recuerdo del sacramento de la Eucaristía en las inscripciones cristianas de los cuatro primeros siglos (1). Parte del resultado obtenido en el examen de la literatura de los Padres, que le lleva a formular la proposición de que en Africa, en Asia, y en las Galias era considerado el *Pez* como símbolo de la Eucaristía. Cristo era el $\text{IX}\Theta\text{IC}$ por excelencia que sirve de alimento a los fieles. Sentada esta base, reproduce y comenta muy minuciosamente la tan conocida inscripción de Abercio de Hierápolis, en la que se leen estas memorables palabras: «Por todas partes me llevó la fe, y me presentó como comida en cada lugar un *Pez* delante de la fuente, grande y puro sobre manera, que cogió una purísima virgen. Y ese se le dió él a los amigos para comida, sirviéndoles vino dulce y ofreciéndoles una mezcla de vino con pan». El valor eucarístico de estas frases salta a la vista, pero comparándolas con las exposiciones parecidas de los escritores eclesiásticos contemporáneos, se disipan aun las más mínimas dudas. Y con esto nos remontamos ya al segundo siglo de la Iglesia en que vivió Abercio.

No son tan claras algunas de las otras inscripciones aducidas por Dölger, pues en varias de ellas las expresiones son tan veladas que se necesita un verdadero proceso exegético para poder deducir la consecuencia, y sólo a fuerza de argumentos y textos paralelos se logra sacar algo en limpio. De gran interés son los párrafos dedicados al examen del *Pez* en la Cena Pura de los judíos y en la Cena Domínica de los cristianos, a la relación que existía entre el símbolo eucarístico del *Pez* y el culto de Atargatis y Artemis-Bendis, y finalmente aquel en que se presenta a la Eucaristía como *Pez* de los vivos.

En este libro tienen los teólogos un ejemplo de lo que vale la arqueología cristiana para la confirmación de los dogmas católicos.

En 1919 publicó el Cardenal Marini un precioso volumen con el título *El Primado de San Pedro y sus sucesores en San Juan Crisóstomo* (2). El haber tenido que hacer una nueva edición a los dos años dice bien a las claras que el trabajo ha sido recibido con aplauso en el campo erudito. La primera edición estaba dedicada a Benedicto XV, entonces reinante, y la segunda al actual Pontífice, Pío XI. La carta que con esta ocasión le dirigió el

(1) *Die Eucharistie nach Inschriften Frühchristlicher Zeit* von Doctor FRANZ JOSEPH DÖLGER, Professor der christlichen Archäologie und der Kirchengeschichte des Altertums an der Universität Münster—Münster in Westf., 1922. Verlag der Aschendorffschen Verlagsbuchhandlung. Un volumen de 160 \times 240 milímetros, X-212 páginas y cuatro láminas en grabado.

(2) NICCOLÒ CARD. MARINI. *Il Primato di S. Pietro e de' suoi successori in San Giovanni Crisostomo*. Seconda edizione, notabilmente accresciuta.—Roma, Tipografia Poliglota Vaticana, 1922.—Un volumen de 175 \times 255 milímetros, XX-373 páginas.

Papa, dada a luz por *L'Osservatore Romano* en su número de 26-27 de marzo de 1922, revela el aprecio que de la obra ha hecho Su Santidad.

En *Razón y Fe* hablamos detenidamente de la primera edición y aunque la actual ha aumentado notablemente, el fondo de la cuestión permanece inalterable, lo mismo que los resultados. Con verdadera profusión de testimonios sacados de los diversos escritos de San Juan Crisóstomo, y magistralmente discutidos, prueba el Eminentísimo Purpurado que la mente de aquel maravilloso Padre de la Iglesia es clarísima a este respecto, asignando a San Pedro y a sus legítimos sucesores el Primado, no sólo de preeminencia, sino de verdadera autoridad para regir y enseñar a todos los fieles. Al propio tiempo ha recogido el esclarecido autor una serie de textos de otros Padres Orientales, San Ignacio de Antioquía, San Ireneo, San Clemente Alejandrino, San Basilio, San Epifanio, Teodoreto, y en tiempos más recientes, Jorge de Trebisonda y Juan Plusiadenos que defienden la misma tesis. Esta colección de textos va dirigida a demostrar que si los Orientales estudiasen a fondo la doctrina de sus antepasados, no hallarían dificultad ninguna en volver al seno de la Iglesia de Roma.

La dificultad que ciertos pasajes de San Juan Crisóstomo ofrecen referentes al Primado de San Pedro la resuelve eficazísimamente el autor, explicándolos de la única manera posible, o sea con el cotejo minucioso de otros testimonios paralelos clarísimos y ateniéndose a la ley del contexto.

El Sr. Moulard nos pinta en un tomo bastante voluminoso al mismo *San Juan Crisóstomo, como defensor del matrimonio y apóstol de la virginidad* (1). Son dos aspectos de la vida cristiana de singular importancia, especialmente en aquellos tiempos en que la doctrina de la Iglesia había introducido modificaciones trascendentales en estas materias. Se sabe perfectamente que los paganos desconocieron por completo la virginidad y entre los judíos se tenía por una verdadera desgracia el celibato. Jesucristo elevó el matrimonio a sacramento, rodeándole de una prerrogativa de santidad admirable; pero al mismo tiempo con el ejemplo y con la palabra recomendó como más perfecta la virginidad. Los cristianos de los primeros siglos se gloraban de ello ante los gentiles, y el coro de las vírgenes tenía un puesto especial en las Iglesias. Esta profesión de la virginidad dió también origen al ascetismo y monaquismo. Los Padres de la Iglesia, inspirados en la doctrina de Cristo y de San Pablo, recomendaron el matrimonio, pero pusieron por encima de él el estado de virginidad. En algunos esta preferencia llegó a tal punto que a veces parecen condenar el primero. Algo de esto se advierte en

(1) ANATOLE MOULARD, docteur ès Lettres, *Saint Jean Chrysostome, le défenseur du Mariage et l'Apôtre de la Virginité*. Paris, Librairie Victor Lecoffre. J. Gabalda, éditeur, 90, rue Bonaparte, 1923. Un volumen de 165 X 250 milímetros, 322 páginas.

los escritos de San Juan Crisóstomo. Defiende, claro está, el matrimonio, como sacramento; propone los fines por que Dios lo instituyó, y lo hermosa que es la vida de familia, cuando los esposos se quieren de veras, se consuelan en las penas, se ayudan mutuamente a llevar la carga de la existencia y educan religiosamente a los hijos; pero al lado de este cuadro encantador, esparce tales sombras, y acentúa tanto la nota triste, de los males materiales, de los cuidados de la familia, y de los sinsabores del continuo roce conyugal, que, si se consideraran en sí mismos y separadamente, se creería que el matrimonio es una carga pesadísima y casi imposible de llevar. Con todo no es así. Aleccionado el Santo por la experiencia de lo mucho que los casados tienen que sufrir (cosa que todos estamos oyendo cada día), y espoleado por aquel espíritu ascético que ardía en su corazón y le llevaba a escoger lo más perfecto, quizás a veces se expresa en términos exagerados, pero en el fondo sostiene la verdadera doctrina sobre el matrimonio contra el maniqueísmo y encratismo doctrinal; y aduciendo ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamento, hace ver que el estado conyugal no es obstáculo para la santificación, y recomienda que el que no pueda observar la continencia, se case cuanto antes, para evitar así las asechanzas del enemigo y la inmoralidad.

Al hablar de la virginidad lo hace ciertamente con más calor; y escribe páginas bellísimas sobre tema tan tierno y espiritual. No desconoce las dificultades que ese estado encierra, dada la rebeldía de la carne, pero ensalza las victorias que en él se obtienen, agradabilísimas a Dios; y pondera las ventajas, aun materiales, que lleva consigo.

Finalmente habla el Santo de las segundas nupcias, y no las reprueba ni mucho menos, ateniéndose a la doctrina de San Pablo; pero, como el Apóstol de las Gentes, tampoco las aconseja, al menos como medida general. A este propósito elogia el valor moral de la viudez cristiana y recuerda el admirable ejemplo de la viuda de Antusa.

El Sr. Moulard ha sabido recoger perfectamente el pensamiento del gran Padre de la Iglesia Oriental y presentar al público un libro interesante, a pesar de su profundidad y de la precisa crítica de su estructura.

Los Benedictinos de las abadías de Emaus de Praga, María Laach de Luxemburgo, Beuron, San José-Goesfeld y Seckau de Alemania han comenzado a publicar una biblioteca de Fuentes litúrgicas, a cuya cabeza están el Padre Kuniber Mohlberg, de la Abadía de María Laach, el Dr. Rücker, profesor de la Universidad de Breslau y el Dr. Dölger, del que hablamos poco ha. En esta colección ha dado a luz Lietzmann, Profesor de Jena, *El Sacramentario Gregoriano según el arquetipo de Aquisgrán* (1). Es bien sabido que San Gre-

(1) *Das Sacramentarium Gregorianum nach dem Aachener Ur exemplar*, herausgegeben von D. HANS LIETZMANN, Professor in Jena. Mit Register von

gorio Magno hizo componer un libro en que estuvieran reunidas todas las oraciones y ceremonias de la Misa romana y las referentes al modo de administrar los sacramentos. Este libro es el que se llama Sacramentario Gregoriano. Existen varias ediciones de él, pero ninguna estrictamente crítica. Esa laguna es la que ha querido llenar Lietzmann con su nueva publicación. La historia nos dice que el Papa Adriano I envió a Carlo Magno un ejemplar hacia el año 790. No cabe duda que ese texto es el más antiguo que se conoce y el más autorizado. Desgraciadamente se ha perdido, pero se conservan algunos códices copiados directamente de él y son los que representan la verdadera transmisión manuscrita. El autor de este trabajo ha procurado restablecerla con todo cuidado y esmero. Al mismo tiempo ha reunido Bornkamm en tres índices copiosísimos todas las palabras, fórmulas litúrgicas y lugares del culto que en él salen, facilitando grandemente su manejo.

A la misma colección pertenece otro cuaderno, que lleva por título: *Ordenes de Perícopes sirias no evangélicas de los diez primeros siglos* (1) por el Dr. Antón Baumstark. Se trata de averiguar en este volumen lo que se leía en las Misas de Oriente a los fieles. En todas las liturgias antiguas había Leccionarios con trozos del Antiguo y Nuevo Testamento que se leían al pueblo desde el Púlpito durante los sagrados Oficios. En la muzárabe este libro se llamaba Liber Comicus, y conocemos varios manuscritos de él, conservados en la Catedral de Toledo, en la Real Academia de la Historia, en la Biblioteca Nacional, en el Archivo de la Catedral de León, aparte del ejemplar de Silos, publicado por el P. Morin en 1893. Pues bien, el Dr. Baumstark en su trabajo, verdaderamente instructivo, ha señalado los trozos que se leían en las distintas partes de Siria, tanto en las iglesias católicas, como en las disidentes. La obra está basada en gran parte sobre material inédito y será de grande utilidad a los orientalistas.

Z. GARCÍA VILLADA.

Heinrich Bornkamm. Münster in Westf. 1921. Verlag der Aschendorffschen Verlagsbuchhandlung (Liturgie geschichtliche Quellen, Heft 3; 165 × 250 milímetros, XLVI-186 páginas).

(1) *Nichtevangelische syrische Pericopenordnungen des ersten Jahrtausends*. In Sinne vergleichender Liturgiegeschichte untersucht von Dr. ANTON BAUMSTARK. Münster in Westf. 1921.—Cuaderno 3 de la misma colección. X-196 páginas.